

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
CENTRO DE ESTUDIOS DEL DESARROLLO (CENDES)
CURSO DE "PLANIFICACION Y POLITICAS DE SALUD"

C E N D E S

Tema: Análisis integrado del Desarrollo.
La Internalización del Mercado: el
nuevo carácter de la dependencia.

Fuente: Dependencia y Desarrollo en Améri-
ca Latina. Cap. II y VI.

Autor: Cardoso Fernando Enrique
Faletto Enzo

(sólo para distribución interna)

1981

II. ANÁLISIS INTEGRADO DEL DESARROLLO

No es suficiente, para contestar a las interrogantes anteriores, sustituir la perspectiva económica de análisis por una sociológica; el desarrollo es, en sí mismo, un proceso social; aun sus aspectos puramente económicos transparentan la trama de relaciones sociales subyacentes. Por eso no basta considerar las condiciones y efectos sociales del sistema económico. Tal tipo de análisis ya ha sido intentado, pero no dio respuesta satisfactoria a las interrogantes planteadas anteriormente. En efecto, a los análisis contenidos en los esquemas económicos de desarrollo —que presuponen la viabilidad del paso del subdesarrollo al desarrollo, el cual se reduce, en definitiva, a la creación de un sector dinámico interno capaz de determinar a la vez tanto el crecimiento autosustentado como la transferencia de los “centros de decisión”— se sumaron esfuerzos de interpretación sociológica dirigidos a explicar la transición de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas.

1. EL ANÁLISIS TIPOLOGICO: SOCIEDADES TRADICIONALES Y MODERNAS

En esos análisis se propone la formulación de modelos o tipos de formaciones sociales.¹ Se sostiene que las sociedades latinoamericanas pertenecerían a un tipo

1. Esta perspectiva de análisis que hace hincapié en el paso de una sociedad tradicional a una de tipo moderno aparece en relación específica a América Latina en trabajos tales como los de R. Redfield, *The Folk Culture of Yucatan*, Chicago, University of Chicago Press, 1940, y más tarde con una orientación decididamente sociológica en B. Hoselitz, *Sociological Factors in Economic Development*, Glencoe, The Free Press, 1960, y específicamente sobre América Latina, el mismo autor publicó “Economic Growth in Latin America”, en *Contribution to the*

estructural denominado generalmente "sociedad tradicional" y que se está produciendo el paso a otro tipo de sociedad llamada "moderna". En el curso del proceso de cambio social parecería que antes de constituirse la sociedad moderna se forma un patrón intermedio, híbrido, el cual caracteriza a las sociedades de los países "en desarrollo". Se invoca entonces la noción de "dualismo estructural".² En realidad, metodológicamente se trata de una renovación de la vieja dicotomía "comunidad-sociedad" en su formulación clásica en Tönnies.

Es posible criticar este esquema con cierto fundamento desde dos puntos de vista. Por una parte, los conceptos "tradicional" y "moderno" no son bastantes amplios para abarcar en forma precisa todas las situaciones sociales existentes, ni permiten distinguir entre ellas los

First International Conference in Economic History [Estocolmo, 1960], The Hague, Mouton & Co., 1960. Entre los autores latinoamericanos fue Gino Germani quien logró posiblemente la mejor formulación de esta perspectiva; véase, por ejemplo, de este autor, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962.

Oportuno es aquí señalar que la influencia de libros como el de Talcott Parsons, *The Social System*, Glencoe, The Free Press, 1951, o el de Robert K. Merton, *Social Theory and Social Structure*, Glencoe, The Free Press, 1949, han desempeñado un papel decisivo en la formulación de ese tipo de análisis del desarrollo. Por otra parte, Daniel Lerner, en *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*, Glencoe, The Free Press, 1958, formuló en términos más generales, es decir, no específicamente orientados hacia el problema del desarrollo, el enfoque del tradicionalismo y del modernismo como análisis de los procesos de cambio social. En otros autores, más bien se han subrayado los aspectos psicosociales del paso del tradicionalismo al modernismo como en Everett Hagen, *On the Theory of Social Change*, Homewood, Dorsey Press, 1962, y David Mc Clelland, *The Achieving Society*, Princeton, Van Nostrand, 1961.

2. El concepto de dualismo estructural en ese contexto se encuentra, por ejemplo, en Jacques Lambert, *Le Brésil: structure sociale et institutions politiques*, París, 1953, y desde la perspectiva de un economista, Albert O. Hirschman, *The Strategy of Economic Development*, Yale, Yale University Press, 1958.

componentes estructurales que definen el modo de ser de las sociedades analizadas y muestran las condiciones de su funcionamiento y permanencia. Tampoco se ha alcanzado, por otra parte, un nexo inteligible entre las distintas etapas económicas —por ejemplo, subdesarrollo, desarrollo a través de exportaciones o de sustitución de importaciones, etc.— y los diferentes tipos de estructura social que presuponen las sociedades "tradicionales" y las "modernas".

Ampliando estas consideraciones cabría suponer que de las formas concretas adoptadas por las distintas fases del proceso de desarrollo es posible inferir ciertas características de los tipos de sociedad mencionadas. Sin embargo, con este procedimiento sigue siendo imposible explicar los modos de transición de un tipo de sociedad a otra. En efecto, el cambio de las estructuras sociales, lejos de ser sólo un proceso acumulativo en el cual se agregan nuevas "variables" que se incorporan a la configuración estructural,³ implica fundamentalmente un proceso de relaciones entre los grupos, fuerzas y clases sociales a través del cual algunos de ellos intentan imponer al conjunto de la sociedad la forma de dominación que les es propia.

En términos puramente económicos, el grado de desarrollo de un sector productivo puede ser analizado a través de un conjunto de variables y de relaciones entre variables que reflejan el proceso de diferenciación estructural de la economía. A partir de ese análisis y principalmente juzgando por el comportamiento de la renta y la estructura del empleo, puede inferirse la forma que adopta la estructura social. Sin embargo, cuando se trata de vincular el análisis estrictamente económico con la comprensión del desarrollo político y social, el problema básico por determinar en demanda de formulación ya no es solamente el del carácter de la estructura social de una sociedad dada, sino princi-

3. Véase, p. ej., Peter Heintz, *Análisis contextual de los países latinoamericanos*, Berkeley, edición mimeografiada.

palmente el proceso de su formación, así como la orientación y tipo de actuación de las fuerzas sociales que presionan por mantenerla o cambiarla, con todas las repercusiones políticas y sociales consiguientes en el equilibrio de los grupos tanto en el plano nacional como en el plano externo.

Además, los análisis del modernismo y del tradicionalismo parecen excesivamente simplificados cuando se establece una relación unívoca, por un lado, entre desarrollo y sociedad moderna y, por otro, entre subdesarrollo y sociedad tradicional. En efecto, como se indicará en el apartado correspondiente, la relación entre desarrollo y modernización no se verifica necesariamente, si se supone que la dominación en las sociedades más desarrolladas excluye a los "grupos tradicionales". Por otra parte, también puede darse el caso de que la sociedad se modernice en sus pautas de consumo, educación, etc., sin que en forma correlativa se logre un desarrollo efectivo, si por ello se entiende una menor dependencia y un desplazamiento del sistema económico de la periferia al centro.

2. LA CONCEPCIÓN DEL CAMBIO SOCIAL

No sólo conviene señalar las implicaciones, en términos analíticos e interpretativos, de los conceptos sociedad tradicional y sociedad moderna, sino que también puede ser útil referirse, aunque sea someramente, a la concepción del proceso histórico que suponen estos conceptos.

Casi siempre estuvo presente, como supuesto metodológico, en los esfuerzos de interpretación, que las pautas de los sistemas político, social y económico de los países de Europa occidental y Estados Unidos anticipan el futuro de las sociedades subdesarrolladas. El "proceso de desarrollo" consistiría en llevar a cabo, e incluso reproducir, las diversas etapas que caracterizaron las transformaciones sociales de aquellos países.⁴ De ahí

4. Véase, especialmente, W. W. Rostow, *The Stage of Eco-*

que las variaciones históricas, es decir, las singularidades de cada situación de subdesarrollo, tengan poco valor interpretativo para este tipo de sociología.

Claro está que no se ha caído en la ingenuidad de admitir en la historia de América Latina desfasamientos con respecto a los países desarrollados en términos tan simples que hagan suponer que aquélla se encuentra en el siglo XIX, por ejemplo, con relación a estos últimos. Más a menudo se señala como característico de los países subdesarrollados encontrarse "atrasados" en ciertos aspectos de la estructura, aunque no en otros. Así, por ejemplo, la sindicación en países como Brasil y Argentina alcanzó expresión nacional y llegó a influir en las decisiones relativas al nivel de los salarios en una fase en que, por comparación con lo que ocurrió en los países de "desarrollo original", no era "normal" que así sucediese. Al propio tiempo, la urbanización acelerada de América Latina, que precede cronológicamente a la industrialización, facilita la difusión de aspiraciones y de formas de comportamiento político que favorecen la participación creciente de las masas en el juego del poder antes de que exista un crecimiento económico autónomo y basado en el mercado interno. Dichas consideraciones ponen de relieve que lo que cabría llamar reivindicaciones populares respecto al control de las decisiones que afectan al consumo constituirían un dato "precoz" en el proceso de desarrollo de América Latina.

Este nivel de participación —sobre todo en los aspectos sociales—, supuestamente similar al de los países centrales, ha llevado a pensar que a través del mismo se crearía una especie de puente que tendería a hacer semejantes las pautas sociales y las orientaciones valorativas en las sociedades desarrolladas y en las socie-

conomic Growth, A Non-Comunist Manifesto. Cambridge, Cambridge University Press, 1962; Wilbert Moore, *Economy and Society*, Nueva York, Doubleday, 1955; Kerr, Dunlop y otros, *Industrialism and Industrial Man*.

dades subdesarrolladas. Esto, *grosso modo*, constituye lo que se ha dado en llamar “efecto de demostración”.

En el plano del análisis económico, el “efecto de demostración” supone que la modernización de la economía se efectúa a través del consumo y que en última instancia, por consiguiente, introduce un elemento de alteración en el sistema productivo que puede provocar una desviación respecto a las “etapas” de la industrialización características de los países adelantados. Como las inversiones, cuando se piensa en un desarrollo autónomo, dependen en gran medida del ahorro interno, la misma presión modernizadora del consumo puede constituir un freno al desarrollo, en cuanto favorece las importaciones de bienes de consumo, así como las de bienes de capital relacionadas con la producción de aquéllos, e induce a invertir en sectores que no son básicos para la economía.

Por otra parte, el “efecto de demostración” no sólo se ha pensado en términos económicos. Se supone que los mismos factores que favorecen ese proceso presionan para que en los países insuficientemente desarrollados se alteren otros aspectos del comportamiento humano —en el campo político y en el campo social— antes de que se verifique la diferenciación completa del sistema productivo. De ahí la conveniencia de subrayar que el “efecto de demostración” tiene lugar, por lo menos en el caso de América Latina, en determinadas condiciones sociales que lo hacen posible; esto es, que opera en la medida en que existe “presencia de masas”, es decir, un mínimo de participación de éstas, principalmente en el campo de la política. El análisis sociológico debe explicar esta posibilidad de modo que fenómenos como el considerado no se tengan sin más como elementos “causales” del proceso. Un enfoque de este tipo equivale a considerar que el dinamismo de las sociedades subdesarrolladas deriva de factores externos, y que las peculiaridades estructurales y la acción de los grupos e instituciones sociales de los países subdesarrollados son desviaciones (*deviant cases*).

Consideramos más adecuado, por consiguiente, un procedimiento metodológico que acentúe el análisis de las condiciones específicas de la situación latinoamericana y el tipo de integración social de las clases y grupos como condicionantes principales del proceso de desarrollo.

En tal perspectiva, por ejemplo, el “efecto de demostración” se incorporaría al análisis como elemento explicativo subordinado, pues lo fundamental sería caracterizar el modo de relación entre los grupos sociales en el plano nacional —que, por supuesto, depende del modo de vinculación al sistema económico y a los bloques políticos internacionales— y las tensiones entre las clases y grupos sociales que pueden producir consecuencias dinámicas en la sociedad subdesarrollada.

Así, más que señalar las consecuencias del “efecto de demostración” o de otras variables exógenas, sobre el funcionamiento del sistema económico o sobre el comportamiento de los grupos sociales como “factor de modernización”, importa realzar las características histórico-estructurales en que se genera un proceso de semejante naturaleza y que revelan el sentido mismo que puede tener dicha modernización.

3. ESTRUCTURA Y PROCESO: DETERMINACIONES RECÍPROCAS

Para el análisis global del desarrollo no es suficiente, sin embargo, agregar al conocimiento de los condicionantes estructurales, la comprensión de los “factores sociales”, entendidos éstos como nuevas variables de tipo estructural. Para adquirir significación, tal análisis requiere un doble esfuerzo de redefinición de perspectivas: por un lado, considerar en su totalidad las “condiciones históricas particulares” —económicas y sociales— subyacentes en los procesos de desarrollo, en el plano nacional y en el plano externo; por otro, comprender, en las situaciones estructurales dadas, los objetivos e intereses que dan sentido, orientan o alientan

el conflicto entre los grupos y clases y los movimientos sociales que "ponen en marcha" las sociedades en desarrollo. Se requiere, por consiguiente, y ello es fundamental, una perspectiva que, al poner de manifiesto las mencionadas condiciones concretas —que son de carácter estructural— y al destacar los móviles de los movimientos sociales —objetivos, valores, ideologías— analice aquéllas y éstos en sus relaciones y determinaciones recíprocas.

Se trata, por consiguiente, de buscar una perspectiva que permita vincular concretamente los componentes económicos y los sociales del desarrollo en el análisis de la actuación de los grupos sociales, no sólo de yuxtaponerlos. Ello supone que el análisis sobrepase el aporte de lo que suele llamarse enfoque estructural, reintegrándolo en una interpretación hecha en términos de "proceso histórico". Tal interpretación no significa aceptar el punto de vista ingenuo que señala la importancia de la secuencia temporal para la explicación científica —origen y desarrollo de cada situación social—, sino que el devenir histórico sólo se explica por categorías que atribuyan significación a los hechos y que, en consecuencia, se hallen históricamente referidas. De esa manera se considera al desarrollo como resultado de la interacción de grupos y clases sociales que tienen un modo de relación que les es propio y por tanto intereses y valores distintos, cuya oposición, conciliación o superación da vida al sistema socioeconómico. La estructura social y política se va modificando en la medida en que distintas clases y grupos sociales logran imponer sus intereses, su fuerza y su dominación al conjunto de la sociedad.

A través del análisis de los intereses y valores que orientan o que pueden orientar la acción, el proceso de cambio social deja de presentarse como resultado de factores "naturales" —ésto es, independientes de las alternativas históricas— y se empieza a perfilar como un proceso que en las tensiones entre grupos con intereses y orientaciones divergentes encuentra el filtro por

el que han de pasar los influjos meramente económicos.⁵

Para lograr un enfoque teórico de esta naturaleza —en el que la temática parece alcanzar extensión y complejidad crecientes— es necesario buscar las categorías que expresen los distintos momentos y características estructurales del proceso histórico —algunos de naturaleza interna a los países y otros externa— significativos para el desarrollo. De conformidad con el enfoque hasta ahora reseñado, el problema teórico fundamental lo constituye la determinación de los modos que adoptan las estructuras de dominación, porque por su intermedio se comprende la dinámica de las relaciones de clase. Además, la configuración en un momento determinado de los aspectos político-institucionales no puede comprenderse sino en función de las estructuras de dominio. En consecuencia, también es por intermedio de su análisis que se puede captar el proceso de transformación del orden político institucional. Esta elección teórica queda avalada empíricamente por el hecho de que los cambios históricos significativos del proceso de desarrollo latinoamericano han sido siempre acompañados, si no de una mudanza radical en la estructura de dominación, por lo menos por la adopción de nuevas formas de relaciones, y por consiguiente de conflicto, entre las clases y grupos. Es evidente que la explicación teórica de las estructuras de dominación, en el caso de los países latinoamericanos, implica establecer las conexiones que se dan entre los determinantes internos y los externos, pero estas vinculaciones, en cualquier hipótesis, no deben entenderse en términos de una relación "causal-analítica", ni mucho menos en términos de una determinación mecánica e inmediata de lo interno por lo externo. Precisamente, el concepto de dependencia que más adelante se examina pretende otorgar significado a una serie de hechos y situaciones que

5. Para un análisis de este punto de vista, véase F. H. Cardoso, *Empresário industrial e desenvolvimento econômico*, São Paulo, Difusão Europeia do Livro, 1964, capítulos 1 y 2.

aparecen conjuntamente en un momento dado y se busca establecer por su intermedio las relaciones que hacen inteligibles las situaciones empíricas en función del modo de conexión entre los componentes estructurales internos y externos. Pero lo externo, en esa perspectiva, se expresa también como un modo particular de relación entre grupos y clases sociales en el ámbito de las naciones subdesarrolladas. Por eso precisamente tiene validez centrar el análisis de la dependencia en su manifestación interna, puesto que el concepto de dependencia se utiliza como un tipo específico de concepto "causal-significante" —implicaciones determinadas por un modo de relación históricamente dado— y no como concepto meramente "mecánico-causal", que subraya la determinación externa, anterior, para luego producir "consecuencias" internas.

Como el objetivo de este ensayo es explicar los procesos económicos como procesos sociales, se requiere buscar un punto de intersección teórica donde el poder económico se exprese como dominación social, esto es, como política; pues, a través del proceso político, una clase o grupo económico intenta establecer un sistema de relaciones sociales que le permitan imponer al conjunto de la sociedad un modo de producción propio, o por lo menos intenta establecer alianzas o subordinar al resto de los grupos o clases con el fin de desarrollar una forma económica compatible con sus intereses y objetivos. Los modos de relación económica, a su vez, delimitan los marcos en que tiene lugar la acción política.

Por consiguiente, los temas que se perfilan con mayor vigor son: los condicionantes económicos del mercado mundial, incluso el equilibrio internacional de poder; la estructura del sistema productivo nacional y su tipo de vinculación con el mercado externo; la configuración histórico-estructural de dichas sociedades, con sus formas de distribución y mantenimiento del poder, y sobre todo los movimientos y procesos político-sociales que presionan hacia el cambio, con sus respectivas orientaciones y objetivos. El análisis directo de

los principales factores, procesos y movimientos presentes en la situación de subdesarrollo o en las sociedades en vías de desarrollo, es una tarea inmensa y sin límites precisos. Sin embargo, es posible determinar problemas definidos, que pueden constituir un núcleo de significación fundamental para comprender las posibilidades del desarrollo, en la medida en que ciertos temas, aun de carácter particular, expresan el condicionamiento global arriba mencionado, y por eso mismo su aclaración arroja luz sobre el conjunto de situaciones de subdesarrollo. El criterio para elegir estos temas o situaciones dependerá de los elementos que puedan ofrecer para la formulación de la perspectiva integrada de análisis antes formulada. Hay que buscar los puntos de intersección del sistema económico con el sistema social a través de los cuales se revelen los nexos y la dinámica de los distintos aspectos y niveles de la realidad que afectan a las posibilidades de desarrollo.

Esquemáticamente se puede decir que el problema del control social de la producción y el consumo constituye el eje de un análisis sociológico del desarrollo orientado desde esa perspectiva. En efecto, la interpretación sociológica de los procesos de transformación económica requiere el análisis de las situaciones en donde la tensión entre los grupos y clases sociales pone de manifiesto las bases de sustentación de la estructura económica y política.

Desde ese ángulo es posible efectuar el análisis de los "mecanismos de decisión", actualmente tan en boga. La problemática sociológica del desarrollo, sin embargo, lejos de reducirse a este enfoque, implica, como se dijo, el estudio de las estructuras de dominación y de las formas de estratificación social que condicionan los mecanismos y los tipos de control y decisión del sistema económico en cada situación social particular. Dentro de la perspectiva general aludida, esa problemática comprende necesariamente el análisis de los comportamientos políticos que inciden en la relación entre las clases y grupos sociales que mantienen un patrón dado

de control y las que se le oponen real o virtualmente. Asimismo supone la consideración de las orientaciones valorativas que otorgan a la acción sus marcos de referencia.

La comprensión de tales movimientos y fuerzas constituye parte fundamental del análisis sociológico del desarrollo, ya que éste implica siempre alteraciones en el sistema social de dominación y la redefinición de las formas de control y organización de la producción y el consumo.

4. SUBDESARROLLO, PERIFERIA Y DEPENDENCIA

Para permitir el paso del análisis económico o del análisis sociológico usuales a una interpretación global del desarrollo es necesario estudiar desde el inicio las conexiones entre el sistema económico y la organización social y política de las sociedades subdesarrolladas, no sólo en ellas y entre ellas, sino también en relación con los países desarrollados, pues la especificidad histórica de la situación de subdesarrollo nace precisamente de la relación entre sociedades "periféricas" y "centrales".

Es preciso, pues, redefinir la "situación de subdesarrollo" tomando en consideración su significado histórico particular, poniendo en duda los enfoques que la presentan como un posible "modelo" de ordenación de variables económicas y sociales. En ese sentido, hay que distinguir la situación de los países subdesarrollados con respecto a los que carecen de desarrollo, y diferenciar luego los diversos modos de subdesarrollo según las particulares relaciones que esos países mantienen con los centros económica y políticamente hegemónicos. Para los fines de este ensayo sólo es necesario indicar, en lo que se refiere a la distinción entre los conceptos de subdesarrollo y carente de desarrollo, que este último alude históricamente a la situación de las economías y pueblos —cada vez más escasos— que no mantienen relaciones de mercado con los países industrializados.

En cuanto al subdesarrollo, una distinción funda-

mental se ofrece desde la perspectiva del proceso histórico de formación del sistema productivo mundial; en ciertas situaciones, la vinculación de las economías periféricas al mercado mundial se verifica en términos "coloniales", mientras que en otras las economías periféricas están encuadradas en "sociedades nacionales". Acerca de estas últimas, cabría añadir que en determinados casos se realizó la formación de vínculos entre los centros dominantes más desarrollados y los países periféricos cuando ya existía en ellos una sociedad nacional, al paso que en otros, algunas colonias se han transformado en naciones manteniéndose en su situación de subdesarrollo.

En todo caso, la situación de subdesarrollo se produjo históricamente cuando la expansión del capitalismo comercial y luego del capitalismo industrial vinculó a un mismo mercado economías que, además de presentar grados diversos de diferenciación del sistema productivo, pasaron a ocupar posiciones distintas en la estructura global del sistema capitalista. De ahí que entre las economías desarrolladas y las subdesarrolladas no sólo exista una simple diferencia de etapa o de estado del sistema productivo, sino también de función o posición dentro de una misma estructura económica internacional de producción y distribución. Ello supone, por otro lado, una estructura definida de relaciones de dominación.

Sin embargo, el concepto de subdesarrollo, tal como se le emplea comúnmente, se refiere más bien a la estructura de un tipo de sistema económico, con predominio del sector primario, fuerte concentración de la renta, poca diferenciación del sistema productivo y, sobre todo, predominio del mercado externo sobre el interno. Eso es manifiestamente insuficiente.

El reconocimiento de la historicidad de la situación de subdesarrollo requiere algo más que señalar las características estructurales de las economías subdesarrolladas. Hay que analizar, en efecto, cómo las economías subdesarrolladas se vincularon históricamente al mercado

mundial y la forma en que se constituyeron los grupos sociales internos que lograron definir las relaciones hacia afuera que el subdesarrollo supone. Tal enfoque implica reconocer que en el plano político-social existe algún tipo de dependencia en las situaciones de subdesarrollo, y que esa dependencia empezó históricamente con la expansión de las economías de los países capitalistas originarios.

La dependencia de la situación de subdesarrollo implica socialmente una forma de dominación que se manifiesta por una serie de características en el modo de actuación y en la orientación de los grupos que en el sistema económico aparecen como productores o como consumidores. Esta situación supone en los casos, extremos que las decisiones que afectan a la producción o al consumo de una economía dada se toman en función de la dinámica y de los intereses de las economías desarrolladas. Las economías basadas en enclaves coloniales constituyen el ejemplo típico de esa situación.

Frente a la argumentación presentada, el esquema de "economías centrales" y "economías periféricas" pudiera parecer más rico de significación social que el esquema de economías desarrolladas y economías subdesarrolladas. A él se puede incorporar de inmediato la noción de desigualdad de posiciones y de funciones dentro de una misma estructura de producción global. Sin embargo, no sería suficiente ni correcto proponer la sustitución de los conceptos desarrollo y subdesarrollo por los de economía central y economía periférica o —como si fuesen una síntesis de ambos— por los de economías autónomas y economías dependientes. De hecho, son distintas tanto las dimensiones a que estos conceptos se refieren como su significación teórica. La noción de dependencia alude directamente a las condiciones de existencia y funcionamiento del sistema económico y del sistema político, mostrando las vinculaciones entre ambos, tanto en lo que se refiere al plano interno de los países como al externo. La noción de subdesarrollo caracteriza a un estado o grado de diferenciación del

sistema productivo —a pesar de que, como vimos, ello implique algunas "consecuencias" sociales— sin acentuar las pautas de control de las decisiones de producción y consumo, ya sea internamente (socialismo, capitalismo, etc.) o externamente (colonialismo, periferia del mercado mundial, etc.). Las nociones de "centro" y "periferia", por su parte, subrayan las funciones que cumplen las economías subdesarrolladas en el mercado mundial, sin destacar para nada los factores político-sociales implicados en la situación de dependencia.

Además, una sociedad puede sufrir transformaciones profundas en su sistema productivo sin que se constituyan al mismo tiempo en forma plenamente autónoma los centros de decisión y los mecanismos sociales que los condicionan. Tal es el caso de Argentina y Brasil al terminar el proceso de sustitución de importaciones e iniciarse el de la producción de bienes de capital, momento que les permitió alcanzar determinado grado de madurez económica, incluso en lo que respecta a la distribución del ingreso (como ocurrió, hasta cierto punto, en Argentina). Por otra parte, en casos límites, una sociedad nacional puede tener cierta autonomía de decisiones sin que por ello el sistema productivo y las formas de distribución de la renta le permitan equipararse a los países centrales desarrollados ni siquiera a algunos países periféricos en proceso de desarrollo. Se da esta hipótesis, por ejemplo, cuando un país rompe los vínculos que lo ligan a un determinado sistema de dominación sin incorporarse totalmente a otro (Yugoslavia, China, Argelia, Egipto, Cuba e incluso el México revolucionario).

Como consecuencia de ese planteamiento, cuando se trata de interpretar globalmente un proceso de desarrollo, es necesario tener presente que no existe un nexo inmediato entre la diferenciación del sistema económico y la formación de centros autónomos de decisión, y por lo tanto que los análisis deben definir no sólo los grados de diferenciación estructural que las economías y las sociedades de los países que se hallan en la fase de tran-

sición alcanzaron en el proceso de integración al mercado mundial, sino también el modo mediante el cual se logró históricamente esa integración. Semejante perspectiva aconseja una gran cautela en la interpretación de cómo se han producido el desarrollo económico y la modernización de la sociedad en América Latina.

Diversos autores han subrayado el carácter de "resultado imprevisto" que el desarrollo asume en América Latina. Algunos países, por ejemplo, al proyectar la defensa de su principal producto de exportación, propusieron una política de devaluación que tuvo como consecuencia indirecta, y hasta cierto punto no deliberada, la creación de condiciones favorables al crecimiento industrial. Sin embargo, sería difícil sostener que la diferenciación económica así alcanzada —en función de variaciones coyunturales del mercado y sin implicar un proyecto de autonomía creciente y un cambio en las relaciones entre las clases— pueda por sí sola alterar en forma sustantiva las relaciones de dependencia. La esfera política del comportamiento social influye necesariamente en la forma del proceso de desarrollo. Por ello, si se parte de una interpretación global del desarrollo, los argumentos basados en puros estímulos y reacciones de mercado resultan insuficientes para explicar la industrialización y el progreso económico. Para que tales estímulos o mecanismos de defensa de la economía subdesarrollada puedan constituir el comienzo de un proceso de industrialización que reestructure el sistema económico y social, es necesario que se hayan producido en el mismo mercado internacional transformaciones o condiciones que favorezcan el desarrollo, pero es decisivo que el juego político-social en los países en vías de desarrollo contenga en su dinámica elementos favorables a la obtención de grados más amplios de autonomía.

Debe tenerse en cuenta, como quedó señalado anteriormente, que el enfoque propuesto no considera adecuado, ni aun desde un punto de vista analítico, separar los factores denominados "externos" y los "internos";

al contrario se propone hallar las características de las sociedades nacionales que expresan las relaciones con lo externo.

Son justamente los factores político-sociales internos —vinculados, como es natural, a la dinámica de los centros hegemónicos— los que pueden producir políticas que se aprovechen de las "nuevas condiciones" o de las nuevas oportunidades de crecimiento económico. De igual modo, las fuerzas internas son las que redefinen el sentido y el alcance político-social de la diferenciación "espontánea" del sistema económico. Es posible, por ejemplo, que los grupos tradicionales de dominación se opongan en un principio a entregar su poder de control a los nuevos grupos sociales que surgen con el proceso de industrialización, pero también pueden pactar con ellos, alterando así las consecuencias renovadoras del desarrollo en el plano social y político.

Las alianzas de los grupos y fuerzas sociales internas están afectadas a su vez por el tipo e intensidad de los cambios, y éstos dependen en parte del modo de vinculación de las economías nacionales al mercado mundial; la articulación de los grupos económicos nacionales con los grupos y fuerzas externas se produce en forma distinta y con consecuencias diferentes antes y después de empezar un proceso de desarrollo. El sistema interno de alianzas políticas se altera, además, muchas veces por las alianzas existentes en el plano internacional.

Tal perspectiva implica que no se puede discutir con precisión el proceso de desarrollo desde un ángulo puramente económico cuando el objetivo propuesto es comprender la formación de economías nacionales. Tampoco es suficiente, con fines de descripción, el análisis del comportamiento de variables derivadas —dependientes, por lo tanto, de los factores estructurales y del proceso histórico de cambio—, como es el caso de las tasas de productividad, ahorro y renta, de las funciones de consumo, del empleo, etcétera.

Para que los modelos económicos construidos con variables de esta naturaleza puedan tener significación en

el análisis integrado del desarrollo deben estar referidos a las situaciones globales —sociales y económicas— que les sirven de base y les prestan sentido. La interrelación de lo económico y lo social se hace notoria en la situación de “enclave colonial”, en donde la desigualdad de la situación política entre la colonia y la metrópoli hace que el sistema económico sea percibido como directamente ligado al sistema político poniendo así de relieve más claramente la relación entre ambos. Y, por el contrario, cuando el desarrollo tiene lugar en “estados nacionales”, la faz económica se torna más “visible” y los condicionantes políticos y sociales aparecen más fluidos; no obstante, estos últimos mantienen una influencia decisiva respecto al aprovechamiento y continuación de las oportunidades de desarrollo que ocasionalmente se manifiestan en el mercado.

Por consiguiente, al considerar la “situación de dependencia” en el análisis del desarrollo latinoamericano, lo que se pretende poner de manifiesto es que el modo de integración de las economías nacionales al mercado internacional supone formas definidas y distintas de interrelación de los grupos sociales de cada país, entre sí y con los grupos externos. Ahora bien, cuando se acepta la perspectiva de que los influjos del mercado, por sí mismos, no son suficientes para explicar el cambio ni para garantizar su continuidad o su dirección, la actuación de las fuerzas, grupos e instituciones sociales pasa a ser decisiva para el análisis del desarrollo.

5. EL “SUBDESARROLLO NACIONAL”

Se hace necesario, por lo tanto, definir una perspectiva de interpretación que destaque los vínculos estructurales entre la situación de subdesarrollo y los centros hegemónicos de las economías centrales, pero que no atribuya a estos últimos la determinación plena de la dinámica del desarrollo. En efecto, si en las situaciones de dependencia colonial es posible afirmar con propiedad que la historia y —por ende el cambio— aparece como

reflejo de lo que pasa en la metrópoli, en las situaciones de dependencia de las “naciones subdesarrolladas” la dinámica social es más compleja. En ese último caso hay desde el comienzo una doble vinculación del proceso histórico que crea una “situación de ambigüedad” o sea, una contradicción nueva. Desde el momento en que se plantea como objetivo instaurar una nación —como en el caso de las luchas anticolonialistas— el centro político de la acción de las fuerzas sociales intenta ganar cierta autonomía al sobreponerse a la situación del mercado; las vinculaciones económicas, sin embargo, continúan siendo definidas objetivamente en función del mercado externo y limitan las posibilidades de decisión y acción autónomas. En eso radica, quizá, el núcleo de la problemática sociológica del proceso nacional de desarrollo en América Latina.

La situación de “subdesarrollo nacional” supone un modo de ser que a la vez depende de vinculaciones de subordinación al exterior y de la reorientación del comportamiento social, político y económico en función de “intereses nacionales”; esto caracteriza a las sociedades nacionales subdesarrolladas no sólo desde el punto de vista económico, sino también desde la perspectiva del comportamiento y la estructuración de los grupos sociales. De ahí que la finalidad del análisis integrado del proceso de desarrollo nacional consista en determinar las vinculaciones económicas y político-sociales que tienen lugar en el ámbito de la nación. Esas articulaciones se dan a través de la acción de los grupos sociales que en su comportamiento real ligan de hecho la esfera económica y política. Conviene subrayar que dicha acción se refiere siempre a la nación y a sus vinculaciones de todo orden con el sistema político y económico mundial. La dependencia encuentra así no sólo “expresión” interna sino también su verdadero carácter como modo determinado de relaciones estructurales: un tipo específico de relación entre las clases y grupos que implica una situación de dominio que conlleva estructuralmente la vinculación con el exterior. En esta perspectiva, el

análisis de la dependencia significa que no se la debe considerar ya como una "variable externa", sino que es dable analizarla a partir de la configuración del sistema de relaciones entre las distintas clases sociales en el ámbito mismo de las naciones dependientes.

Para emprender este análisis también debe desecharse la idea de que la acción de las clases y las relaciones entre éstas tengan en los países dependientes un carácter semejante al que se dio en los países centrales su fase de desarrollo originario. La hipótesis más generalizada sobre el modo de funcionamiento del sistema político y económico en los inicios del proceso de desarrollo en los países centrales supone que el libre juego del mercado actuaba, por así decirlo, como árbitro para dirimir el conflicto de intereses entre los grupos dominantes. De ahí que la racionalidad económica, medida por el lucro, se imponía como norma a la sociedad y que el consumo y la inversión se definían dentro de los límites establecidos por el crecimiento del sistema económico. Se suponía, además, que la posibilidad de expansión del sistema se debía a la existencia de un grupo dinámico que controlaba las decisiones en materia de inversión y que dominaba las posiciones de poder necesarias y suficientes para imprimir al conjunto de la sociedad una orientación coincidente con sus intereses. La clase económica ascendente poseía, pues, eficiencia y consenso.

Con toda la simplificación inherente a ese esquema, se consideraba que los grupos dirigentes expresaban el interés general y que, en esas condiciones, el mercado funcionaba adecuadamente como mecanismo regulador de los intereses generales y de los intereses particulares. En este caso se entendía por "funcionamiento adecuado" la capacidad de servir al crecimiento económico, descartando la hipótesis de que existieran otros grupos que presionaran para participar en los frutos del "progreso" y en el control de las decisiones. Sólo mucho después de realizado el esfuerzo inicial de industrialización estuvieron las clases populares en condiciones de hacerse presentes en las sociedades industriales como

fuerza política y social participante.⁶ Lo que contribuyó al éxito de las economías nacionales en los países de "desarrollo originario" fue el hecho de que éstas se consolidasen simultáneamente con la expansión del mercado mundial, de manera que dichos países pasaron a ocupar las principales posiciones en el sistema de dominación internacional que se establecía:

Sin confiar demasiado en el valor del esquema presentado para caracterizar las condiciones generales del "desarrollo originario", que es poco preciso y de carácter muy amplio, es evidente que hay diferencias significativas entre ese esquema y lo que ocurre en América Latina. En efecto, dado que existen relaciones de subordinación entre las regiones desarrolladas y las insuficientemente desarrolladas —o, mejor dicho, entre las sociedades centrales y las dependientes—, el análisis no puede desconocer esa característica básica, para presentar como una desviación lo que realmente es una manera de ser.

Entre los conceptos "desarrollo" y "sistema capitalista" se produjo tal confusión que se llegó a suponer que para lograr el desarrollo en los países de la periferia es necesario repetir la fase evolutiva de las economías de los países centrales. Sin embargo, es evidente que el proceso capitalista supuso desde sus comienzos una relación de las economías centrales entre ellas y otra respecto a las periféricas; muchas economías "subdesarrolladas" —como es el caso de las latinoamericanas— se incorporan al sistema capitalista desde los comienzos de la formación de las colonias y luego de los estados nacionales y en él permanecen a lo largo de todo su transcurso histórico, pero no debe olvidarse que lo hacen como economías periféricas.

Los distintos momentos históricos del capitalismo no deben estudiarse, pues, con el afán de encontrar su re-

6. Sobre este punto véase Alain Touraine, "Industrialisation et conscience ouvrière à São Paulo", en *Sociologie du Travail*, abril de 1961.

petición retrasada en los países de la periferia, sino para saber cómo se produjo, en cada momento particular, la relación entre periferia y centro. Son varios los aspectos por analizar; uno de ellos se refiere a los caracteres del capitalismo como sistema económico internacional. De otra manera, si en el proceso pueden distinguirse momentos de predominio tales como el capitalismo mercantil, el capitalismo industrial y el capitalismo financiero, no nos corresponde preguntarnos a cuál de estos momentos se aproximan las economías latinoamericanas en la actualidad, puesto que de hecho no constituyen economías separadas del mercado capitalista internacional, sino que es necesario esclarecer qué significó en términos de "estructuras de la economía" y "estructura social" la relación de dependencia para los países latinoamericanos durante estos distintos momentos. Lo mismo sucede con los conceptos "capitalismo competitivo" y "capitalismo monopólico" que se dan como tendencia en las tres etapas señaladas del capitalismo, aunque con mayor acentuación de uno u otro de los términos en cada caso.

Asimismo corresponde al análisis determinar la significación de estos conceptos con respecto a los sistemas nacionales dependientes.

Lo expuesto también tiene connotaciones históricas de cierta importancia. Los países latinoamericanos, como economías dependientes, se ligan en estas distintas fases del proceso capitalista a diferentes países que actúan como centro, y cuyas estructuras económicas inciden significativamente en el carácter que adopta la relación. El predominio de la vinculación con las metrópolis peninsulares —España o Portugal— durante el período colonial, la dependencia de Inglaterra más tarde y de Estados Unidos por último, tiene mucha significación. Así, por ejemplo, Inglaterra, en el proceso de su expansión como economía, exigía en alguna medida el desarrollo de las economías periféricas, dependientes de ella, puesto que las necesitaba para abastecerse de materias primas. Requería, por consiguiente,

que la producción de las economías dependientes lograra cierto grado de dinamismo y modernización; estas mismas economías, además, integraban el mercado comprador de sus productos manufacturados, por lo que también era evidentemente necesario que se diera en ellas cierto dinamismo. La economía estadounidense, en cambio, contaba con recursos naturales y con un mercado comprador interno que le permitía iniciar un desarrollo más autónomo en relación con las economías periféricas, es más, en algunos casos la ubicaba en situación de competencia con respecto a los países productores de materias primas. La relación de dependencia adquiere así una connotación de control del desarrollo de otras economías, tanto de la producción de materias primas como de la posible formación de otros centros económicos. El papel dinamizador de la economía de Estados Unidos respecto a las economías latinoamericanas, en la etapa anterior a la formación de los "conglomerados" actuales, es, por consiguiente, menos importante que en el caso anteriormente descrito.

Metodológicamente no es lícito suponer —dicho sea con mayor rigor— que en los países "en desarrollo" se esté repitiendo la historia de los países desarrollados. En efecto, las condiciones históricas son diferentes: en un caso se estaba creando el mercado mundial paralelamente al desarrollo gracias a la acción de la denominada a veces *bourgeoisie conquérante*, y en el otro se intenta el desarrollo cuando ya existen relaciones de mercado, de índole capitalista, entre ambos grupos de países y cuando el mercado mundial se presenta dividido entre el mundo capitalista y el socialista. Tampoco basta considerar las diferencias como desviaciones respecto de un patrón general de desarrollo, pues los factores, las formas de conducta y los procesos sociales y económicos, que a primera vista constituyen formas desviadas o imperfectas de realización del patrón clásico de desarrollo, deben considerarse más bien como núcleos del análisis destinado a hacer inteligible el sistema económico-social.

6. LOS TIPOS DE VINCULACIÓN DE LAS ECONOMÍAS NACIONALES AL MERCADO

Debe tenerse en cuenta que, al romperse el "pacto colonial", la vinculación entre las economías periféricas y el mercado internacional asume un carácter distinto, ya que en esta relación a la condición de "economía periférica" debe agregarse la nueva condición de "nación independiente".

La ruptura de lo que los historiadores llaman el "pacto colonial" y la primera expansión del capitalismo industrial europeo son, pues, los rasgos históricos dominantes en el período de formación de las "naciones nuevas" en el siglo XIX. La expansión de las economías centrales industrializadas —primero la de Inglaterra y más tarde la de Estados Unidos— no se realizó en el vacío, puesto que se encontró con sistemas económicos y sociales ya constituidos por efecto de la precedente expansión colonial. A partir del período de la independencia, desde el punto de vista sociológico, la dinámica de las economías y de las sociedades recién formadas se presenta a la vez como refleja y como autóctona en la medida en que la expansión del centro encuentra situaciones nacionales que hacen posible distintos tipos de alianza, de resistencia y de tensión.

El tipo de vinculación de las economías nacionales periféricas a las distintas fases del proceso capitalista, con los diversos modos de dominación que éste supone, implica que la integración a la nueva fase se realiza a través de una estructura social y económica que, si bien modificada, procede de la situación anterior. Serán distintos el modo y las posibilidades de desarrollo de una nación que se vincula al sector exportador internacional con un producto de alto consumo, según se verifique en el período del capitalismo predominantemente competitivo o en el período predominantemente monopolista. De igual modo serán distintas, comparadas con las "colonias de explotación", las posibilidades de integración nacional y de formación de un mercado interno

TIPOS DE VINCULACIÓN

en aquellos países cuya economía colonial se organizó más bien como "colonias de población", es decir, formadas sobre la explotación (controlada por productores allí radicados) de productos que requieren mano de obra abundante. En estos casos, y en el período posterior a la independencia, fue más fácil la organización de un aparato político-administrativo interno para promover y ejecutar una "política nacional". Además, la propia base física de la economía —como, por ejemplo, el tipo y las posibilidades de ocupación de la tierra o el tipo de riqueza mineral disponible— influirá sobre la forma y las consecuencias de la vinculación al mercado mundial posterior al período de formación nacional.

En cada uno de los tipos de vinculación posibles, según esos factores, las dimensiones esenciales que caracterizan la dependencia se reflejarán sobre las condiciones de integración del sistema económico y del sistema político. Así, la relación entre las clases, muy especialmente, asume en América Latina formas y funciones por completo diferentes a las de los países centrales. En rápido bosquejo podría decirse que cada forma histórica de dependencia produjo un acuerdo determinado entre las clases, no estático, sino de carácter dinámico. El paso de uno a otro modo de dependencia, considerado siempre en una perspectiva histórica, debió fundarse en un sistema de relaciones entre clases o grupos generado en la situación anterior. De este modo, por ejemplo, cuando se rompe la dependencia colonial y se produce el paso a la dependencia de Inglaterra, ésta tiene como sostén social al grupo de productores nacionales, que por el crecimiento de su base económica —crecimiento ya dado en la situación colonial— estaban en condiciones de suscitar un nuevo acuerdo entre las distintas fuerzas sociales gracias al cual estaban llamados a tener, si no el dominio absoluto, por lo menos una situación privilegiada. Al pasar de la hegemonía de Inglaterra a la de Estados Unidos entran en juego nuevos factores que encuentran su origen en la situación anterior. En efecto, como entonces, junto al crecimiento de los grupos ex-

portadores, se produjo un crecimiento significativo de los sectores urbanos, y esta nueva acomodación debió hallarse presente en la relación con Estados Unidos. Lo que se quiere señalar brevemente por ahora es que si la nueva forma de dependencia tiene explicaciones exteriores a la nación, tampoco es ajena a ella la relación interna entre las clases que la hacen posible y le dan su fisonomía. Fundamentalmente, la dinámica que puede adquirir el sistema económico dependiente en el ámbito de la nación, está determinado —dentro de ciertos límites— por la capacidad de los sistemas internos de alianzas para proporcionarles capacidad de expansión. De esta manera se da el caso, paradójico sólo en apariencia, de que la presencia de las masas en los últimos años haya constituido, a causa de su presión por incorporarse al sistema político, en uno de los elementos que ha provocado el dinamismo de la forma económica vigente.

Admitiendo como válida esa interpretación se obtendrá un marco de la actividad de las presiones en favor del desarrollo en América Latina que muestra, con respecto a los patrones europeos o norteamericanos, no una desviación que debe corregirse, sino un cuadro histórico distinto por su situación periférica. El “enfrentamiento” que resulta de las presiones a favor de la modernización se produce en la actualidad entre las clases populares que intentan imponer su participación, a menudo en alianza con los nuevos grupos económicamente dominantes, y el sistema de alianza vigente entre las clases predominantes en la situación anterior.

En la fase inicial de este proceso los grupos industriales aparecían en alguna medida en una situación marginal. Sin embargo, por el hecho de formar parte de los nuevos sectores urbanos, su papel alcanza cierta importancia porque de hecho, en este conglomerado, constituyen el único grupo que posee una base económica real, aunque ésta no sea decisiva si la referimos a la totalidad del sistema económico vigente y a pesar también de su carácter coyuntural. Por ser el grupo indus-

trial el que plantea la posibilidad de absorber en forma productiva a los sectores urbanos populares, se sitúa en un lugar estratégico que le permite establecer términos de alianza o compromiso con el resto del sistema social vigente y ello explica su importancia en el período posterior a la crisis del sistema agroexportador.

7. PERSPECTIVAS PARA UN ANÁLISIS INTEGRADO DEL DESARROLLO

En síntesis, reconociendo la especificidad de las distintas formas de comportamiento, el análisis sociológico trata de explicar las aparentes “desviaciones” a través de la determinación de las características estructurales de las sociedades subdesarrolladas y mediante un trabajo de interpretación. No es exagerado afirmar que es necesario un esfuerzo de análisis a fin de redefinir el sentido y las funciones que, en el contexto estructural de la situación de subdesarrollo, tienen las clases sociales y las alianzas que ellas establecen para sustentar una estructura de poder y generar la dinámica social y económica.

Las dos dimensiones del sistema económico, en los países en proceso de desarrollo, la interna y la externa, se expresan en el plano social, donde adoptan una estructura que se organiza y funciona en términos de una doble conexión: según las presiones y vinculaciones externas y según el condicionamiento de los factores internos que inciden sobre la estratificación social.

La complejidad de la situación de subdesarrollo da lugar a orientaciones valorativas que, aun siendo contradictorias, coexisten. Parecería que se producen a la vez ciertas situaciones en las cuales la actividad de los grupos sociales corresponde a las pautas de las “sociedades industrializadas de masas”, y otras en las que tienen preponderancia las normas sociales típicas de las “situaciones de clase” y hasta de las “situaciones estamentales”.

La interpretación general aquí sostenida subraya que

VI. LA INTERNACIONALIZACIÓN DEL MERCADO: EL NUEVO CARÁCTER DE LA DEPENDENCIA

Si durante el período de formación del mercado interno el impulso hacia una política de industrialización fue sostenido, en ciertos casos, por las relaciones estables entre nacionalismo y populismo, el período de diferenciación de la economía capitalista —basado en la formación del sector de bienes de capital y en el fortalecimiento de los grupos empresariales—, está señalado por la crisis del populismo y de la organización política representativa de los grupos dominantes. Adviértanse en este lapso, además, los primeros esfuerzos por ordenar el sistema político y social sobre nuevos ejes que expresan la vinculación entre el sector productivo orientado hacia el mercado interno y las economías externas dominantes.

El principal problema que se plantea consiste en explicar con claridad la naturaleza y las vinculaciones de este doble movimiento: uno, de crisis del sistema interno de dominación anterior, y el intento consiguiente de reorganización, y el otro, de transformación del tipo de relación entre la economía interna y los centros hegemónicos del mercado mundial. Erróneo sería pensar que los nuevos factores que condicionan el desarrollo, la política y la dependencia externa, se circunscriben al ámbito que hace posible el proceso económico, pues sería apresurado creer que la determinación económica del proceso político, a partir de la formación de un avanzado sector capitalista en las economías dependientes, permite la "explicación" inmediata de la vida política según los condicionantes económicos. El concepto de dependencia sigue siendo básico para caracterizar la estructura de esta nueva situación de desarrollo, y por

lo tanto la política continúa siendo el medio por el cual se posibilita la determinación económica. Por otra parte, como veremos más adelante, el problema de la crisis interna traerá como consecuencia inmediata el refuerzo de los vínculos específicamente políticos en las relaciones entre el centro y la periferia, como un condicionante importante de las alternativas de desarrollo.

Las transformaciones a que aludimos se expresan mediante una reorientación en la pugna de los intereses internos y en la redefinición de la vinculación centro-periferia. Se reorganizan, con esa nueva modalidad de desarrollo, la estructura misma del sistema productivo y el carácter del Estado y de la sociedad civil, que expresan la relación de fuerza entre los grupos y las clases sociales, para dar paso al sistema capitalista industrial tal y como éste puede desarrollarse: en la periferia del mercado mundial y a la vez integrado en él.

1. LOS LÍMITES ESTRUCTURALES DEL PROCESO DE INDUSTRIALIZACIÓN "NACIONAL"

En el capítulo precedente se ha señalado en qué condiciones la "alianza desarrollista" pudo formular las políticas económicas que permitieron ampliar la base interna de las economías de algunos países latinoamericanos. De hecho, se logró constituir —en distintos momentos— una situación de poder favorable a la consolidación del mercado interno en Argentina, Brasil y México. Dejando de lado los matices distintivos señalados, en esos países se dieron alianzas o coyunturas de poder que facilitaron un amplio ajuste entre las antiguas situaciones dominantes y las formadas como consecuencia de la aparición de los sectores medios, de la burguesía industrial y, hasta cierto punto, de las masas urbanas. Como es obvio, esas alianzas o coyunturas beneficiaban a sus partícipes en forma desigual en cada país y según el momento. De todas maneras permitieron la acumulación que favoreció las inversiones internas —y el consumo relativamente ampliado de los sectores

urbanos— en tales condiciones que el Estado pudo ser el artífice de una política de arbitraje: la presión de las clases populares y de los grupos organizados fue encauzada hacia el objetivo de alcanzar un acuerdo favorable al desarrollo. Claro está que el funcionamiento del sistema estuvo condicionado, como ya dijimos, a una coyuntura propicia: el mantenimiento de los precios de exportación, y a veces su aumento —durante la segunda guerra y en los primeros años posteriores a ella—, permitieron seguir remunerando a los sectores exportadores, si no en la misma proporción por lo menos en el mismo nivel, y simultáneamente permitieron financiar la ampliación de los sectores urbano-industriales de la economía.

El término de esa coyuntura tuvo distintos efectos en cada uno de los países considerados, en función siempre del acuerdo político específico antes alcanzado, pues ésta había posibilitado diversos grados de progreso en las políticas de industrialización.

Así, en Argentina, donde las peculiaridades políticas ya señaladas significaban conservar la importancia económica del sector productivo agroexportador, aunque acompañado de una fuerte redistribución, y donde además el surgimiento de sectores industriales dinámicos no fue extraordinariamente significativo (principalmente si lo referimos a la creación de una industria de base),¹ la nueva coyuntura internacional del mercado planteó, clara y manifiestamente, la más dramática alternativa: un plan de contenciones de salarios y gastos públicos, a expensas de las clases obrero-populares, o rehacer la economía agroexportadora —aumentando su productividad— para, por su intermedio, seguir financiando a la larga al moderno sector industrial. Luego de la caída de Perón en 1955 la oposición antipopulista se propuso ese objetivo. Sin embargo, ni el sector exportador pudo, por sí solo, imponer al resto del país su

1. Altimir, Santamaría y Sourrouille, "Los instrumentos de promoción industrial en la postguerra", en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vols. 21-25, 1966-1967.

proyecto, ni la ampliación de la base política a través de una alianza con los sectores industriales internos —políticamente endebles— podía contrarrestar las presiones de las masas. La intervención militar se hizo frecuente, como una forma de arbitraje y como abierta reacción contra un retorno al populismo. En otras palabras, el intento de alcanzar así el desarrollo económico encontró una barrera vigorosa en la presión de amplios sectores de asalariados, y no pudo imponerse autónomamente como política capaz de alcanzar, si no la legitimidad, por lo menos la eficacia. Por consiguiente, no se intensificó el desarrollo, ni se logró tampoco estabilidad política.

En Brasil, el esquema varguista y la continuación de su política económica durante el gobierno de Dutra (1946-1950), consistía en la instalación de ciertas industrias básicas —acero, energía eléctrica, transporte y petróleo—, actitud posteriormente retomada con orientaciones ya más claras en función de un desarrollo estimulado por inversiones públicas en sectores estratégicos —durante el segundo gobierno de Vargas (1950-1954)—, que transformaron más rápidamente la estructura productiva urbana. Si bien es cierto que los saldos de guerra fueron en parte utilizados en forma improductiva, de todos modos se reequipó el parque industrial y, fundamentalmente, se mantuvo una política de fuertes importaciones de equipo, como consecuencia del temor a una nueva guerra mundial, provocado por la crisis coreana. Además, y gracias al nuevo *boom* que ésta provoca, se dio un redoblado empuje de la industrialización impulsada por fuerzas internas. De todos modos, el costo de esa industrialización tuvo su precio político: las prácticas de control y de tasas múltiples de cambio favorecían al sector interno (privado y público), en detrimento de los sectores exportadores, por consiguiente estos últimos nunca dejaron de protestar contra la intervención del Estado en la fijación de tasas cambiarias diferenciales. Es cierto que los precios internacionales favorables al café hasta 1953

permitieron que los sectores agrarios soportasen, sin perjuicios para sus niveles de renta, la política de protección y de rápida expansión del sector interno; sin embargo, hacia 1954, cuando empieza a cambiar la coyuntura, la alianza varguista alcanzó sus límites: parte de los sectores agrarios se unieron a la oposición de clase media urbana, hecho al que se sumó no sólo la presión de los grupos financieros internos sino también los internacionales. El comienzo de una nueva coyuntura desfavorable para el café fue aprovechada por la política estadounidense para presionar a Vargas, quien había ido bastante lejos con su política nacionalista. Después del breve interregno posterior al suicidio de Vargas —cuando se esboza una política de contención para contrarrestar las presiones inflacionarias provocadas por la situación anterior— se restablece la alianza populista-desarrollista, bajo Kubitschek; pero ella toma un rumbo distinto, semejante al que, después de años de atascamiento, intentó dar Frondizi al proceso político y económico argentino: la capitalización mediante recursos externos. Esa política permitiría a corto plazo disminuir la presión inflacionaria, satisfacer las demandas salariales de los grupos urbanos modernos, es decir, una política económica soportable por parte del sector exportador, y que a la vez significa el robustecimiento del sector industrial, ahora ya asociado al capital extranjero. Pudo entonces, darse desarrollo pese a la inestabilidad política.

En México,² donde por sus peculiaridades histórico-políticas los grupos sociales presionan desde dentro del Estado y de su organización partidaria, igual proceso de apertura del sistema productivo interno hacia el capital extranjero pudo darse sin las crisis político-militares que distinguen la trayectoria brasileña o argentina. No sólo ya se había definido antes el papel del Estado como inversor, como regulador de la economía y por su

2. Véase Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, Ediciones Era, 1965.

intermedio se había creado la burguesía urbano-industrial-financiera, sino que también los mecanismos de integración sindical fueron "modernizados", es decir, se establecieron canales a través de los cuales el movimiento obrero-popular pudiera participar en una sociedad cuya expresión política-estatal tenía legitimidad y un moderado sentido distributivo.

De este modo evitó el enfrentamiento de la burguesía nacional con el Estado inversor (que estuvo latente en Brasil y Argentina, donde las raíces populistas del Estado le daban un doble carácter) y que el mismo alcanzara un carácter radical; e impidió un conflicto importante de tipo clasista o populista; ni siquiera el tránsito hacia una política de participación del capital extranjero, al principio restringida y después creciente, fue objeto de serios enfrentamientos. Por consiguiente en esas condiciones pudo darse desarrollo y estabilidad.³

El precio, sin embargo, de ese proceso de desarrollo estable fue el fortalecimiento lento, pero continuado, de una especie de nueva oligarquía, la cual logró maniobrar el aparato del Estado en beneficio propio y en provecho del padrón de "desarrollo asociado" a los capitales extranjeros. Así, lo que pudo haber sido un desarrollo social y político modernizado, terminó por desembocar en el mismo callejón aparentemente sin salida del estado actual del desarrollo del capitalismo en Latinoamérica: la modernización se hace a costo de un autoritarismo creciente y sin que disminuya el cuadro de pobreza típico del "desarrollo con marginalidad". Al contrario, aumenta la magnitud de la población puesta al margen del sistema económico y político, en la misma medida en que el orden se mantiene gracias a mecanismos abiertos o disfrazados de presión y violencia.

Con todo conviene aclarar el sentido de las acotaciones anteriores; en modo alguno debe inferirse de ellas un rasgo de inevitabilidad con respecto a una meta o a un fin determinado, es decir, el desarrollo capitalista a

3. *Estudio Económico de CEPAL*, 1966.

través de la participación y del control externo, que se impone caprichosamente a la historia, como así tampoco debe concluirse de ellas una visión opuesta a la anterior, según la cual el criterio de explicación sería la única contingencia de la historia. Por el contrario, la interpretación propuesta considera la existencia de límites estructurales precisos para un desarrollo industrial controlado nacionalmente, dentro de los cuales juegan las distintas fuerzas sociales.

Los conflictos o acuerdos entre estas distintas fuerzas no obedecen, desde luego, a una mecánica determinista. El resultado de sus interacciones en situaciones específicas puede posibilitar hechos históricos absolutamente distintos de los aquí analizados, por ejemplo, el caso cubano. Pero en la medida en que el sistema de relaciones sociales se expresa por un sistema de poder, instaura históricamente un conjunto de posibilidades estructurales que le son propias. Dentro del marco de esas posibilidades estructurales, consecuencia de prácticas sociales anteriores, se definen trayectorias determinadas y se excluyen otras tantas alternativas.

En efecto, estructuralmente, la industrialización —dentro del marco social y político característico de las sociedades latinoamericanas descritas— implica ingentes necesidades de acumulación, pero a la vez produce como resultado una fuerte diferenciación social. Las presiones por lograr una participación de los distintos sectores, tanto de los incorporados como de los marginados, se muestran como contradictorias con las formas de inversión que supone el tipo de desarrollo que se postula.

Ya aclaramos que el “modelo latinoamericano de desarrollo hacia adentro” se asentó sobre las posibilidades circunstanciales de una relación favorable en los términos de intercambio y en la limitada participación de la población en los beneficios del desarrollo. La presencia de una ventaja momentánea posibilitó que se hiciera menor hincapié en las políticas de exclusión, e incluso dio lugar a formas de incorporación de masas que permitieron la vigencia de la “alianza desarrollista” en su

versión nacional populista (varguista o peronista), o estatal desarrollista (como en el caso mexicano), sin exclusión de las capas y sectores dominantes del período de expansión hacia afuera. En esas condiciones, y cuando se trata de atender a la presión originada por mayor incorporación —principalmente del sector campesino o popular urbano—, tal objetivo disminuye la capacidad de acumulación y produce la ruptura de un eslabón importante de la alianza por la hegemonía política: el sector agrario, especialmente el latifundista, se manifiesta contra el Estado populista o contra aquellos sectores urbano-industriales que pudieran apoyar tales reivindicaciones masivas; cuando las presiones salariales de los sectores populares urbanos sean muy fuertes, los grupos agrarios pueden encontrar aliados en favor de su política de oposición en aquellos sectores industriales o financieros que no pueden acceder a tales demandas. Si el Estado, o los sectores urbano-industriales, tratan de forzar una política favorable a la transferencia de rentas del sector agrario hacia el urbano, en condiciones desfavorables del mercado internacional, se encontrarán también con la oposición de los sectores agrarios.

Existe además un importante condicionador externo; aun cuando se suponga una economía nacional autónoma, por lo que al sistema productivo se refiere, como la acumulación y el financiamiento industrial se hacen a través de las exportaciones, éstas siguen siendo vitales para el desarrollo, y por lo demás sus posibilidades de colocación en el mercado internacional no están, como es obvio, bajo control interno. La tendencia hacia el deterioro de los términos de intercambio, añade por sí misma, pues, un elemento limitativo a las posibilidades estructurales del modelo propuesto. Por otra parte, y no por contingencias históricas o empíricas, la dinámica política del populismo-nacionalista o del estatismo-desarrollista, como ejes de poder, supone la necesidad de un arbitraje estatal por lo menos favorable al mantenimiento de los niveles de salarios y a su aumento en ramas estratégicas o en circunstancias especiales, como

cuando se necesita el apoyo de las masas o la ampliación del consumo. El mismo crecimiento urbano-industrial requiere también, por lo menos en la fase sustitutiva de importaciones, mayor incorporación de las masas, si no en términos relativos, sí en términos absolutos de número de personas. Todo esto intensifica la presión de las masas, la que se torna peligrosa para el sistema cuando coincide con crisis en los precios de exportación o con los brotes inflacionarios que intensifican la transferencia de ingresos.

En esas circunstancias —de crisis política del sistema cuando no puede imponer una política económica de inversiones públicas y privadas para sostener el desarrollo—, las alternativas que se presentarían, descartando la apertura del mercado interno hacia afuera, es decir, hacia los capitales extranjeros, serían todas inconsistentes, como lo son en realidad, salvo si se admite la hipótesis de un cambio político radical hacia el socialismo. El examen de algunas de ellas, cuando el mismo se intenta en el marco de la estructura política vigente, pone de manifiesto su falta de viabilidad.

En el caso de que el sector industrial nacional lograra imponer su hegemonía, es decir, controlara al Estado, podría lograr éxito en la política de industrialización a través de las siguientes coyunturas y políticas:

(a) Mantenimiento de los precios externos para poder seguir el proceso de transferencia del ingreso; esto es manifiestamente imposible como política (dado que los precios son fijados fuera del ámbito de la economía nacional), y antes bien su imposibilidad misma constituye uno de los límites del modelo;

(b) Enfrentamiento con el sector agroexportador para seguir las prácticas de transferencia de ingresos; esto no sólo supone un cambio profundo en el esquema de acuerdos, sino también afecta la base misma de su financiación, la que tendería a disminuir.

(c) Contención de la política salarial: esto, además de provocar una ruptura en el sistema de los acuerdos políticos, puede llevar al enfrentamiento con el sector

obrero organizado; implica también una amenaza de contracción del mercado interno de consumo;

(d) Acentuación de la pauta de exclusión popular urbana; esto supone no admitir las presiones populistas y por ende aceptar el riesgo de crisis políticas dentro del esquema de sostén del poder;

(e) Mantenimiento del cierre del mercado interno, y por tanto intento de una suerte de declaración de moratoria de la deuda externa, procedimiento que significaría un enfrentamiento con los factores externos de dominio;

(f) Mantenimiento de la exclusión agraria y acentuación de las disparidades regionales, si bien esto puede producir fricciones, aunque no necesariamente implica una crisis profunda del sistema político.

Si, por el contrario, se supone que la crisis será enfrentada a partir del propio Estado populista, es decir, de una estructura de poder donde además de los representantes de la burguesía urbano-industrial están presentes dirigentes de las masas, y que éstas desempeñan un papel significativo en la defensa del Estado, tampoco se estaría en mejor situación para posibilitar el desarrollo sin cambios políticos profundos o, aceptando como alternativa la penetración exterior en el mercado interior. En efecto, además de los enfrentamientos señalados en la hipótesis anterior, habría, en sustitución de las contradicciones que en ese caso supondrían la contención salarial y la disminución de una participación creciente de las masas, nuevos enfrentamientos ahora ya directamente en el núcleo mismo del Estado populista: ni los sectores populares se mantendrían dentro de la alianza sin una presión creciente en favor de la redistribución de los ingresos, ni los sectores empresariales, privados o públicos, podrían soportar tales presiones y simultáneamente seguir capitalizando e invirtiendo.

La alternativa más radicalmente opuesta a la salida populista la constituye el remplazo de este esquema por otro basado en la alianza de la burguesía industrial con la burguesía agroexportadora. Sin embargo, también aquí

se dan posibilidades de conflicto; el sector agroexportador no sería un buen aliado para resistir la presión en favor de la apertura del mercado de inversiones, puesto que las inversiones extranjeras originan una industrialización que no tiene como fuente predominante de formación de capital el gravamen del sector exportador nacional. Además, la oposición urbano-obrera de las masas quebraría el esquema o lo llevaría a un callejón político sin salida, ya que estos grupos tendrían que soportar, solos, el costo de la acumulación.

Algunas de las posibilidades que acabamos de reseñar fueron en realidad intentadas, aunque, como es evidente, no en sus formas puras, sino que parcialmente o incluso combinando elementos tomados de más de una de ellas.

2. LA APERTURA DE LOS MERCADOS INTERNOS AL CONTROL EXTERNO

Los antecedentes presentados aclaran por qué, desde el punto de vista de su viabilidad política y social, fracasan los intentos de mantener el ritmo de industrialización en el ámbito interno sin promover cambios político-estructurales profundos. Sin embargo, no hemos aclarado, por otra parte, que hay un movimiento equivalente de búsqueda de nuevos mercados por parte de los capitales industriales extranjeros, ni cómo es posible que éstos se acoplen a los intereses predominantes internos en forma por lo menos aceptable para los grupos hegemónicos.

Por lo que a la primera cuestión se refiere hay que señalar dos aspectos. En primer lugar, en la década del 50 el movimiento internacional de capitales se caracterizó por un flujo —de corta duración— de transferencias de capitales desde el centro hacia la periferia; las corporaciones industriales pasaron a actuar como inversoras, lo que constituye una novedad respecto al esquema anterior de inversiones netamente financieras o de préstamos para infraestructura; hubo, por tanto, “pre-

siones en favor de nuevas inversiones”. Este aspecto, aunque no fue decisivo para los impulsos iniciales de la industrialización, gravitó significativamente en momentos posteriores. En realidad, la fase inicial de la industrialización sustitutiva y de la consolidación del mercado interno, como es sabido, dióse en función de la acumulación interna, pública y privada, la que tenía como acicate político las condiciones discutidas en el capítulo anterior y se caracterizó, más bien, por políticas proteccionistas.⁴ Sin embargo, fueron éstas justamente las que llevaron a los proveedores extranjeros de productos manufacturados a hacer inversiones en las economías periféricas. Dichas inversiones fueron de dos tipos: las que aprovecharon un mercado ya existente y en ese sentido competían con los sectores industriales internos, y a menudo los subordinaban a sus intereses como en el caso evidente de la relación entre las industrias nacionales de repuestos y la industria automotriz, y las que se aseguraron más bien un control virtual de un mercado en expansión.

Mientras el proceso está en la fase de sustitución creciente de las importaciones, la penetración de capitales extranjeros, si bien es cierto que marginaliza a determinados sectores industriales, no llega a ser percibido como un problema esencial para el desarrollo; en efecto los sectores industriales internos tienen campos nuevos⁵ para la inversión, pues el proceso sustitutivo provoca una especie de efecto de bola de nieve, ya que cada producto terminado que se empieza a fabricar estimula la sustitución progresiva de sus partes y componentes, hasta llegar a un punto en que, de hecho, sólo se requiere la importación de productos que ya implican una

4. Santiago Macario, *Proteccionismo e industrialización en América Latina*, documento mimeografiado presentado al Segundo Curso Regional de Política Comercial, Santiago de Chile, 1967.

5. Eso explica la movilidad interna de los sectores empresariales; en este sentido véase Luciano Martins, “Formação do Empresariado no Brasil”, en *Revista do Instituto de Ciências Sociais*, vol. III, núm. 2.

tecnología muy desarrollada o materias primas inexistentes en el país.⁶ Y, por otra parte, el impulso que brinda la inversión extranjera a este proceso permite acelerar la incorporación selectiva a la economía industrial de ciertos sectores obreros y otros técnico-profesionales, lo que contribuye a mantener las "alianzas desarrollistas".

Existe, pues, una coincidencia transitoria entre los intereses políticos y económicos que permite conciliar los intentos proteccionistas, la presión de las masas y las inversiones extranjeras, estas últimas aparentemente son la condición misma de la continuidad del desarrollo dentro del esquema político señalado, como ocurrió durante el período frondizista, el gobierno de Kubischek y lo que llamamos "la vía mexicana".

De este modo se refuerza el sector industrial y se define una pauta peculiar de industrialización: una industrialización basada en un mercado urbano restringido, pero lo suficientemente importante en términos de la renta generada, como para permitir una "industria moderna". Por supuesto que ésta va a intensificar el patrón del sistema social excluyente que caracteriza al capitalismo en las economías periféricas, pero no por eso dejará de convertirse en una posibilidad de desarrollo, es decir, un desarrollo en términos de acumulación y transformación de la estructura productiva hacia niveles de complejidad creciente.⁷ Ésta es sencillamente la forma que el capitalismo industrial adopta en el contexto de una situación de dependencia.

Ese proceso sigue un curso "normal", es decir, compatible con la relación de fuerzas de las clases sociales

6. Maria da Conceição Tavares, "Substituição de importações e desenvolvimento econômico na América Latina", en *Dados*, Rio de Janeiro, año 1, núm. 1, pp. 115-140.

7. Véase una descripción de los efectos de ese tipo de industrialización sobre la estructura del empleo y sobre la marginalización creciente de las poblaciones, Cardoso y Reyna, *Industrialización, estructura ocupacional y estratificación social en América Latina*, Santiago de Chile, ILPES, 1966.

en pugna, hasta el período que dio en llamarse el "auge de la sustitución fácil de importaciones"; a partir de ese momento, cuando comienza a advertirse una pérdida de velocidad en la dinámica del proceso sustitutivo, quedan evidenciados los problemas más complejos, antes postergados por la euforia desarrollista, que suscita la creación de los sectores tecnológica y económicamente más significativos de la industria de bienes intermedios y de bienes de capital. No sólo hace falta un reagrupamiento interno de las organizaciones productivas, y que se intensifiquen los vínculos de asociación entre las empresas nacionales y grupos monopolistas extranjeros, sino que también deben considerarse los sectores sociales que no se insertan dentro de ese nuevo esquema y presionan con fuerza creciente: protestan los sectores industriales de las primeras etapas sustitutivas, marginalizados; los sectores urbano-populares tratan por su lado de revivir una política de desarrollo estatal como defensa contra las grandes unidades productivas privadas que se orientan hacia el logro de "más productividad y menos mano de obra", etc. Se deshace pues, y definitivamente, la antigua alianza desarrollista.

De hecho, a partir de ese momento, en el seno mismo del sistema industrial aparecerá escindida la estructura de los grupos y clases sociales: habrá un proletariado más "moderno" y otro "más tradicional"; un sector empresarial que controla la industria de alta productividad y tecnología desarrollada y un sector industrial "tradicional", es decir, el que se constituyó durante la etapa de la sustitución fácil de importaciones; y así sucesivamente. La dinámica social y política debe buscarse, pues, en el enfrentamiento y el ajuste entre los grupos, sectores y clases que se redefinen en función de esta nueva situación de desarrollo, la que también se reflejará en las orientaciones e ideologías políticas conmovidas en función de las características que esta nueva situación revela.

3. DEPENDENCIA Y DESARROLLO

Antes de destacar cuáles son las fuerzas sociales y las orientaciones ideológicas que comienzan a manifestarse en esta nueva fase será necesario aclarar las condiciones histórico-estructurales que señalan las características de la nueva "situación de desarrollo"; su rasgo fundamental radica precisamente en que la integración al mercado mundial de economías industriales-periféricas asume significados distintos de los que pudo tener la integración al mercado internacional por parte de las economías agroexportadoras. Lo mismo ocurre, por supuesto, con respecto a la expresión política de ese proceso en dichas condiciones de dependencia. En efecto, el primer problema por explicar es la antinomia que enuncia el concepto de "economías industrial-periféricas".

La vinculación de las economías periféricas al mercado internacional se da ahora cuando el desarrollo del capitalismo cuyo centro ya no actúa solo, como antes, a través del control del sistema de importaciones-exportaciones, sino que lo hace también a través de inversiones industriales directas en los nuevos mercados nacionales. Esto lo corroboran los análisis hechos sobre el financiamiento externo de América Latina, que ponen de manifiesto el hecho de que las inversiones extranjeras se orientan en forma creciente hacia el sector manufacturero, y que ese flujo no sólo se expresa a través de inversiones privadas (y entre éstas las directas tienen un predominio absoluto sobre las de "cartera"), sino que actúa por intermedio de un grupo muy reducido de empresas.⁸

Por lo tanto, si bien es cierto que no puede explicarse la industrialización latinoamericana como una consecuencia de la expansión industrial del centro —pues,

8. Cf. CEPAL, *El financiamiento externo de América Latina*, Nueva York, Naciones Unidas, 1964, especialmente pp. 225-238. Cabe señalar que en 1950 poco más de 300 empresas eran propietarias del 91 por ciento de todas las inversiones directas norteamericanas en América Latina (p. 238).

como vimos, ésta se inició durante el período de crisis del sistema económico mundial y fue impulsada por fuerzas sociales internas—, tampoco puede dejar de señalarse que en la industrialización de la periferia latinoamericana la participación directa de empresas extranjeras asigna un particular significado al desarrollo industrial de la región; éste, durante su período nacional-popular, pareció apuntar hacia la consolidación de grupos productores nacionales y, fundamentalmente, hacia la consolidación del Estado como instrumento de regulación y formación de núcleos productivos.

Pero sucedió que, por el contrario, y como consecuencia de la peculiar situación sociopolítica ya descrita se optase por una pauta de desarrollo asentada sobre las crecientes inversiones extranjeras en el sector industrial.

Cuando se perfila una "situación de desarrollo" de esas características, otra vez vuelven a plantearse relaciones específicas entre el crecimiento interno y la vinculación externa. Aun sin entrar en mayores consideraciones sobre el tipo de dependencia impuesta por el financiamiento externo, caracterizado, como es sabido, por un endeudamiento creciente, principalmente de corto plazo, es posible anotar algunos rasgos que hacen que en esa situación la dependencia adquiera —bajo el predominio del capitalismo industrial monopolista— un significado distinto de la que caracterizó las anteriores situaciones fundamentales de subdesarrollo.

Desde el punto de vista del grado de diferenciación del sistema productivo, esta situación puede suponer elevados índices de desarrollo; no obstante, tanto el flujo de capitales como el control de las decisiones económicas "pasan" por el exterior; los beneficios, aun cuando la producción y la comercialización de los productos se realicen en el ámbito de la economía dependiente, aumentan virtualmente la masa de capital disponible por parte de las economías centrales, y las decisiones de inversión también dependen parcialmente de decisiones y presiones externas. Evidentemente hay una estrecha relación entre el destino de la masa de renta generada

y realizada en el mercado interno y las condiciones externas. Las decisiones de las matrices —que sólo parcialmente toman en cuenta la situación del mercado interno— influyen en forma significativa sobre la reinversión de las utilidades generadas en el sistema nacional. En ciertas circunstancias, las empresas pueden optar por transformar sus beneficios económicos en capital, el que puede ser invertido en las economías centrales o en economías dependientes distintas de aquellas que los generaron.

Con todo, cabe señalar que sólo son superficiales las semejanzas que parecen advertirse con la situación de dependencia que existe en las economías formadas a través de enclaves descritas anteriormente; en rigor, la relación entre las economías periféricas industrializadas y el mercado mundial es bien distinta. Entre los supuestos del funcionamiento de tal tipo de economía pueden citarse los siguientes casos.

- a] un elevado grado de diversificación de la economía;
- b] salida de excedentes relativamente reducida (para garantizar las reinversiones, especialmente en el sector de bienes de capital);
- c] mano de obra especializada y desarrollo del sector terciario y, por lo tanto, distribución relativamente más equilibrada del ingreso en el sector urbano industrial;
- d] y como consecuencia, un mercado interno capaz de absorber la producción.

Quizá podría decirse que aquí ocurre lo contrario de lo que acontece en una economía de enclave; pues en tanto las decisiones de inversión dependen aunque parcialmente del mercado interno, el consumo es interno. Incluso, en los casos más típicos, se manifiesta una fuerte tendencia a la reinversión local, lo que, en cierto sentido, solidariza las intervenciones industriales extranjeras con la expansión económica del mercado interno.

A partir de esa situación podría suponerse que existe simultáneamente desarrollo y autonomía; sin embargo, aunque es cierto que la dependencia que subsiste es de otra índole, o tiene un nuevo carácter, este tipo de

desarrollo sigue suponiendo heteronomía y desarrollo parcial, de donde es legítimo hablar de países periféricos industrializados y dependientes. En efecto, los vínculos que ligan la situación de subdesarrollo al mercado internacional ya no aparecen aquí como directa y francamente políticos (como ocurre en las economías de enclave), ni son sólo el reflejo interno de decisiones tomadas en el mercado mundial (como ocurre en el primer tipo de economía subdesarrollada descrito en este trabajo). Por el contrario, parecería que la relación entre la economía nacional y los centros dinámicos de las economías centrales se establece en el mismo mercado interno. Sin embargo, en dos sentidos se mantienen las características de heteronomía: el desarrollo del sector industrial continúa dependiendo de la "capacidad de importación" de bienes de capital y de materias primas complementarias para el nuevo tipo de diferenciación del sistema productivo (lo que lleva a lazos apretados de dependencia financiera), y además, esta forma de desarrollo supone la internacionalización de las condiciones del mercado interno.

Por lo que atañe a la barrera de la "capacidad de importación", cabe suponer que disminuye mucho su significado luego de formarse el sector interno de producción de bienes de capital; sería más bien un escollo transitorio cuya importancia decisiva aparecería en la primera fase de expansión de la economía industrial "avanzada". Los vínculos posteriores con el mercado internacional podrían ser del tipo normal en las economías modernas donde siempre hay interdependencia.

Bien distinta es la vinculación que se establece como consecuencia de la "internacionalización del mercado interno"; tal proceso ocurre cuando en las economías periféricas se organiza la producción industrial de los sectores dinámicos de la economía moderna (básicamente, la industria química, electrónica y automovilística) y cuando se reorganiza la antigua producción industrial a partir de las nuevas técnicas productivas. Esa revolución industrial de nuevo tipo lleva consigo

una reorganización administrativa, tecnológica y financiera que, por ende, implica una reordenación de las formas de control social y político. Por supuesto, aun en ese caso, no es la nueva tecnología, en sí misma, —ni siquiera el aporte de nuevos capitales externos en el plano puramente económico, los que propician, provocan o dan sentido al curso del desarrollo. Los esquemas políticos que expresan la pugna entre las fuerzas sociales son los que sirven de intermediarios activos entre un determinado estadio de evolución económica, organizativa y tecnológica y la dinámica global de las sociedades. Ciertamente es que el inicio de un proceso moderno de industrialización en las naciones periféricas supone cuantiosos aportes de capital, una fuerte suma de conocimientos tecnológicos y grados avanzados de organización empresarial, los que implican desarrollo científico, complejidad y diferenciación de la estructura social, acumulación e inversiones previas. Que las naciones centrales dispongan de tales precondiciones lleva a un estrechamiento de los lazos de dependencia. Sin embargo, hay ejemplos de naciones subdesarrolladas que intentaron, a veces con éxito, rehacer el sistema productivo, garantizando al mismo tiempo un grado razonable de autonomía.

Es necesario poner de manifiesto que las condiciones políticas bajo las cuales se logró simultáneamente desarrollo y autonomía implicaron —de distintas formas, es cierto— un desarrollo basado principalmente en la movilización de recursos sociales, económicos y de creatividad económica y organizativa localizados en el interior mismo de la nación. Tal proceso supuso, por otra parte, un período de relativo aislamiento económico (caso de la URSS o de China), por el cierre parcial del mercado, que obstaculizó las presiones hacia la ampliación del consumo de los bienes y servicios que caracterizan a las sociedades industriales de masas; e impuso, en general, la ampliación del control estatal del sistema productivo y la orientación de las nuevas inversiones hacia los sectores considerados estratégicos para

el desarrollo nacional, tales como los de infraestructura o los que absorben conocimientos tecnológicos avanzados y aun los vinculados a la defensa nacional. Todo ello implica una reordenación congruente del sistema social, una disciplina relativamente autoritaria (aun en casos como el de Japón, donde se mantuvo el régimen capitalista) y una revolución de los objetivos nacionales, incluso, y no de manera despreciable, en las prioridades educacionales.

Tal no fue el curso seguido por la dinámica política y social de América Latina, como hemos visto en las páginas precedentes. Al tratar de integrarse en la era de producción industrial relativamente moderna mediante la transferencia de capitales externos y, con ellos, de la técnica y de la organización productiva modernas, algunos países de la región han alcanzado, en grados distintos, la intensificación del proceso de industrialización, pero con consecuencias evidentemente restrictivas en cuanto a la autonomía del sistema económico nacional y de las decisiones de políticas de desarrollo.

El tipo de competencia económica impuesta por el “mercado abierto”, las normas de calidad industrial y de productividad, la magnitud de las inversiones requeridas (piénsese en la instalación, por ejemplo, de la industria petroquímica), las pautas de consumo creadas, obligan a determinadas formas de organización y control de la producción, cuyas repercusiones afectan al conjunto de la economía. En este sentido, a través de los capitales, la técnica y la organización transferidos por el sector externo, se inaugura un nuevo eje de ordenamiento de la economía nacional.

Cuando no se realiza bajo la dirección de la sociedad nacional, esa revolución implica, por supuesto que en un plano más complejo, un nuevo tipo de dependencia. En las dos situaciones fundamentales de subdesarrollo antes descritas el Estado nacional puede manejar, dentro de sus fronteras, una serie de instrumentos políticos como respuesta a las presiones del mercado externo (por ejemplo, una política monetaria o de defensa del nivel

de empleo), y lograr así resguardar parte de la autonomía nacional en punto de decisiones de inversión y consumo; para el nuevo tipo de desarrollo, los mecanismos de control de la economía nacional escapan parcialmente del ámbito interno en la medida en que ciertas normas universales del funcionamiento de un sistema productivo moderno impuestas por el mercado universal no permiten alternativas: la unificación de los sistemas productivos lleva a la pautaación de los mercados y a su ordenamiento supranacional.

La complejidad de la situación se hace, pues, mucho mayor que en los casos anteriores; se ponen en evidencia las condiciones generales de funcionamiento social de las economías dependientes, ya que se agudizan y se contradicen los parámetros de comportamiento económico en este tipo de sociedades. Así, a medida que el ciclo de realización del capital se cumple en el ámbito interno en función de la gran unidad productiva (producción, comercialización, consumo, financiamiento, acumulación, reinversión), el sistema económico —“las leyes del mercado”—, tienden a imponer a la sociedad sus “normas naturales”, restringiendo, por consecuencia, el ámbito y la eficacia de la contrapartida autónoma de los grupos locales.

Por otra parte cabe recordar también que la cristalización del modelo arriba mencionado no significa que la formación de un fuerte sector económico estatal en algunos países, como México y Brasil, con capacidad de regulación económica y participación acentuada del sector público en la formación de nuevos capitales, no pueden ampliar el grado real de autonomía de decisiones internas de los países industrializados de América Latina. Ni significa, tampoco, que las formas anteriores de organización y control de la producción, incluso en lo que atañe a la dependencia, desaparezcan de la escena. Todo ello lleva a una complejidad creciente de la vida política.

El esquema político de sostén de esta nueva forma de desarrollo —donde se articulan la economía del

sector público, las empresas monopolistas internacionales y el sector capitalista moderno de la economía nacional— requiere que se logre estructurar un adecuado sistema de relaciones entre los grupos sociales que controlan tales sectores económicos; este sistema necesita una expresión política que posibilite la acción económica de los distintos grupos que abarca. En efecto, para esta forma de desarrollo se supone el funcionamiento de un mercado cuyo dinamismo se basa, principalmente, en el incremento de las relaciones entre productores que se constituyen en los “consumidores” más significativos para la expansión económica. En consecuencia, para aumentar la capacidad de acumulación de esos “productores-consumidores” es necesario frenar las demandas reivindicativas de las masas. Es decir, la política de redistribución que ampliaría su consumo se torna ineficaz y aun perturbador del desarrollo.

Es fácil comprender que en estas condiciones la inestabilidad política aumente en la medida en que la consolidación del Estado, como expresión de poder, dependa del juego electoral. Por otra parte, la posibilidad de mantener este juego se torna más precaria a medida que disminuye el flujo de las inversiones extranjeras —que se reduce en función del movimiento internacional de capitales— y a la vez también es afectado por la tendencia a la baja de los términos de intercambio.

Como el “sector moderno” —cuya dinámica es semejante a la de los sistemas productivos de los países centrales— está limitado por mecanismos casi automáticos de expansión, condiciona negativamente las posibilidades de proteccionismo oficial; por consiguiente, quedan excluidas como alternativas el apoyo a las antiguas industrias nacionales surgidas durante el período de sustitución de importaciones, la elección de políticas de desarrollo basadas en la utilización extensiva de mano de obra, etcétera.

Así, el desarrollo, a partir de ese momento, se hace intensificando la exclusión social, y ya no sólo de las masas, sino también de las capas sociales económica-

mente significativas de la etapa anterior, cuya principal alternativa ahora es lograr vincularse en forma subsidiaria al sector monopolista moderno y al sistema de dominación política que se instaura. Pero si bien es cierto que cabe la posibilidad de lograr la modernización del sector industrial y su diversificación a través de la unidad productiva monopolista internacional, esas "islas de modernidad" se insertan en un contexto en el cual la antigua nación agroexportadora (con sus dos sectores, el agrocomercial vinculado hacia afuera y el latifundista), los sectores industriales formados antes del predominio monopolista, los sectores medios y el popular con sus subdivisiones (masas rurales y urbanas y clase obrera), siempre están presentes y buscan definir su solidaridad con el modelo propuesto de ordenación económico-social en tal forma que les permita tener cierta participación en el desarrollo. Sin embargo, el sector industrial moderno y el sector agrario industrializado, en el contexto del subdesarrollo vigente en los demás sectores económicos, pueden apenas mantenerse y expandirse a un ritmo relativamente lento, y sin que su presencia y su desarrollo posean el dinamismo suficiente para "modernizar" el conjunto de la sociedad. Por el contrario, el mismo fundamento tecnológico empleado limita su capacidad de incorporación y el problema del mercado se soluciona a través de un sistema restringido de intercambio entre grandes unidades productoras y compradoras, y donde el Estado sigue siendo el principal comprador y detenta un papel importante como productor.

La posibilidad de mantener alguna participación de las masas, principalmente en términos económicos, la da el grado de desarrollo que alcanzó el sector público de la economía en la fase anterior, sobre todo cuando logró mantener algún control sobre los sectores monopolistas modernos. Pero no deja de ser significativo que, aun en este caso, quienes controlan el sector estatal de la economía actúen más en términos de "empresarios públicos", que de acuerdo a una política de

tipo populista, que estimula la redistribución de la renta para intermedio de alzas salariales continuas. En otros términos, el Estado deja de ser, bajo ese aspecto, un Estado populista, para transformarse en un Estado empresarial.

El sistema de control político que empieza a tener vigencia depende de las particulares condiciones en que se dé ese proceso y son evidentemente distintas en un país, como México, donde el sector popular, y también el sector empresarial, ya tenían estrechas relaciones con el sistema de decisiones políticas desde dentro mismo del aparato del Estado; esto no sólo permite una reorganización gradual acorde con la nueva situación de desarrollo, sino también una definición casi formal del área de influencia de esos sectores y la del sector vinculado a las empresas extranjeras. Por otra parte, en países como Argentina o Brasil, el tránsito es tanto más complejo cuanto que el Estado no está preparado para permitir el control corporativo de las decisiones económicas. Esto impone la reorganización de las funciones del Estado para lograr una capacidad cada vez más amplia de reglamentación de la vida económica. Por otra parte, los grupos dominantes buscan la reorganización del propio régimen político para permitir que la centralización autoritaria, que facilita la implantación del modo capitalista de producción en las economías dependientes, pueda consolidar su dominio.

La oposición a esta reorganización se apoyará en los sectores sociales que están al margen del esquema: virtualmente, en las masas marginales y en los sectores obreros y asalariados urbanos cuyos estándares de vida sufren los efectos de la nueva etapa de acumulación capitalista; efectivamente, en lo que quedó de la organización política del período populista-desarrollista: los partidos de izquierda, los intelectuales progresistas, los sectores nacionalistas, etc. La oposición se basará también en grupos privados no comprometidos con el sector monopolista extranjero, que idealmente podrían tratar de rehacer la alianza "hacia abajo", para, de ese modo, lograr

mejores condiciones de negociación política con los grupos ahora dominantes.

Teóricamente, en los países donde el sector productivo moderno se instauró bajo la égida de las nuevas condiciones de desarrollo y dependencia, la reorganización del sistema de decisiones políticas y la reorientación de la economía parecerían imponerse de manera consistente, como lo ejemplifica la gestión Castelo Branco-Roberto Campos en Brasil. Además de las condiciones internas favorables a tales políticas, la dinámica de las relaciones internacionales y en especial la ideología de seguridad nacional basada en la creencia en la inminencia de la tercera guerra mundial, en el papel preponderante de la alianza occidental —consecuentemente, en la supeditación momentánea de los intereses nacionales al bloque jefaturado por Estados Unidos— y en la forma que adopta la guerra, como guerra revolucionaria en la cual el “enemigo externo” coexiste con el “enemigo interno”, sirven de trasfondo para los cambios económicos y políticos apuntados.

No obstante, en la práctica no se ven todas las consecuencias que esa tendencia del proceso de desarrollo ofrece. Las transformaciones chocan con intereses concretos y se hacen por intermedio de canales sociales cuya complejidad y autonomía relativa no está demás señalar.

Para empezar, conviene subrayar que la nueva forma de desarrollo implica indudablemente la renovación del sistema político-social formando una estructura de dominación que no está basada, o sólo lo está parcialmente, en los sectores terratenientes, exportadores o vinculados a la industria de bienes de consumo rápido. El nuevo sector económico, en el que predominan las empresas monopolistas internacionales y el sector financiero que surge vinculado al mercado interno, busca ejercer una influencia fundamental sobre las decisiones nacionales. Ese propósito no lo logra sin oposición, luchas entre facciones de las mismas o de distintas clases en juego, etc. Además, el grado de importancia que

pudo adquirir el sector público en la economía desempeña un papel significativo en cada país que alcanzó la forma de desarrollo en cuestión, y posibilita al Estado distintos márgenes de maniobra en la definición de las nuevas alianzas de mantenimiento del poder.

El último punto es decisivo. En efecto, el paso del régimen democrático-representativo (que de una u otra forma sobrevivió con el Estado desarrollista y con la política de masas durante el período inicial de la expansión industrial) al régimen autoritario-corporativo que se presenta como la alternativa probable en las condiciones políticas y económicas de la actualidad, se hace por intermedio de revoluciones en las cuales son las grandes organizaciones nacionales, como el ejército y la burocracia pública, más que las burguesías nacionales o internacionalizadas, quienes actúan y se reorganizan. Por supuesto, la situación estructural que da sentido a la acción de esos grupos es la que se describió anteriormente, y, por lo tanto, las burguesías internacionalizadas siguen siendo el eje del sistema de dominación. Sin embargo, en la situación latinoamericana, a partir del período llamado de transición, la expresión política de la burguesía urbano-industrial —a diferencia de las burguesías agroexportadoras del pasado— estuvo más vinculada directamente al Estado, a través de grupos de presión o de la ocupación de puestos en el aparato estatal, que a la existencia de “partidos de clase”. De igual modo, los asalariados estuvieron más organizados como sindicalistas, bajo la tutela del Estado, que como militantes partidistas. La excepción a la regla lo ejemplifica México; sin embargo, aun en ese caso el partido no dejó de ser, como se vio, la expresión política del mismo Estado, en el seno del cual las clases ocupan posiciones definidas casi corporativamente.

Así, el Estado ejerció funciones más amplias que las de institución jurídica o expresión política de clases organizadas; funcionó como organización política misma de las clases.

Si bien es cierto que la crisis del populismo desarro-

lista desembocó políticamente, en Argentina como en Brasil, en situaciones en las que hubo incluso la movi- lización de las burguesías y de las capas intermedias en contra del "peligro comunista", de la subversión interna y de la presión de las masas sobre el Estado (actuante en el goulartismo y potencial en el caso de una vuelta posible del peronismo al poder), la forma que el revocamiento del poder democrático adoptó fue la de "golpe militar". Fue distinta, sin embargo, la sig- nificación de esos golpes militares —y de sus desdobra- mientos— de lo que ocurría en el pasado con la toma del poder por caudillos militares. En la actualidad, las fuerzas armadas, como corporación tecnoburocrática, ocupan al Estado para servir a intereses que creen ser los de la nación. Ese paso es decisivo. Los sectores políticos tradicionales —expresión en el seno del Estado de la dominación de clase del período populista-desar- rollista— son aniquilados y se busca transformar la influencia militar permanente como condición necesaria para el desarrollo y la seguridad nacional, gracias al ropaje de una especie de arbitraje tecnocrático que se pretende asignar a las intervenciones militares en la vida económica, política y social. Así se logra la fusión parcial de las dos grandes organizaciones que alcanzan influencia política y control efectivo permanente en el conjunto del país: las fuerzas armadas y el Estado.

La forma adoptada por el eje de dominación logra ventajas políticas ineludibles en la situación latinoame- ricana: la existencia de grupos organizados es impor- tante en el cuadro de la falta estructural relativa de las sociedades subdesarrolladas. Acarrea, sin embargo, una serie de problemas y contradicciones que dificultan la aceptación por parte de la sociedad civil del régimen autoritario-corporativo en elaboración.

En efecto, en la medida en que se forma esa especie de tecnoburocracia de países dependientes, basada en el potencial de decisión y organización de los sectores modernos de la burocracia militar y civil, sufre dos tipos de presión: una en favor del desarrollo racional

y moderno, estimulada por la gran corporación indus- trial-financiera, generalmente internacionalizada, y otra que hace hincapié en el carácter cada vez más exclu- yente, en términos relativos, del desarrollo capitalista en países dependientes, y en el carácter nacional de las tareas y problemas a cumplirse y resolverse en el curso del desarrollo. Este último punto de vista en- cuentra apoyo incluso en fracciones de las fuerzas arma- das y de la tecnocracia estatal. En consecuencia, a me- nudo segmentos del eje burocrático-militar del poder se proponen temas y sostiene soluciones que menos- precian la fuerza de la estructura capitalista-dependiente de la economía local, volviendo a plantear cuestiones, como la necesidad de la reforma agraria, de la redistri- bución de la renta, del desarrollo armonioso entre las regiones del país, etc., que parecerían pertenecer más bien al período anterior de desarrollo. Las ideologías llamadas "de clase media", que insisten en considerar que la política económica debe favorecer un crecimiento equitativo de la economía y de la renta y a percibir al Estado como un foro en el que se lleva a cabo la me- diación relativamente ecuaníme entre los intereses de las clases y grupos, vuelven a tener defensores, muchas veces poderosos, dentro de la tecnoburocracia, civil o militar.

No se cierra pues la pugna entre las clases y grupos, ni siquiera en el ámbito de las clases dominantes. Es poco probable que dichas tendencias nacional-refor- mistas puedan tener más que un éxito momentáneo. Sin embargo, como las burguesías no disponen de or- ganizaciones políticas en el sentido específico de la expresión y como su control sobre el Estado, en el mo- mento actual, es casi puramente "estructural", solamen- te cuando las políticas impuestas por la tecnoburocracia militarizada chocan con los mecanismos de acumulación y expansión capitalista, los grupos empresariales buscan medios y modos para corregir las "desviaciones naciona- listas". Mientras tanto, los sectores que sostienen las reformas en nombre de la nación, por encima de las

clases, tienen justificaciones para creer que pueden transformar su ideología en verdad para todos.

Por detrás de los titubeos de esa naturaleza, la línea de fuerza de la política de transformaciones económicas en el nuevo esquema de poder sigue siendo, como ya señalamos, desarrollista, pero neutral por lo que al control nacional o extranjero de la economía se refiere.

El otro polo de reacción al sistema de poder en formación es exterior al eje dominante y estaría basado en la oposición de la clase obrera, de los sectores asalariados y de las "capas marginales", que son numéricamente crecientes gracias a la forma que el desarrollo capitalista asume en la periferia. En efecto, el funcionamiento del sistema industrial-moderno implica un aumento, por lo menos en términos absolutos, del proceso de marginalización —entendido éste en el sentido más alto. Por tal razón, la canalización de las presiones populares a través de las estructuras organizativas anteriormente existentes (sindicatos, partidos, sectores del Estado, etc.) se torna más difícil. De ese modo se forma una masa disponible cuyas nuevas formas de movilización y organización siguen siendo una incógnita. Su existencia plantea una amplia gama de alternativas de acción política, desde la creación de "focos insurreccionales" hasta la reconstitución del "movimiento de masas".

La debilidad de los intentos hechos por buscar transformaciones en el *statu quo* por medio de la movilización de las masas no integradas se asienta, por una parte, en el carácter poco estructurado de esas masas y en su bajo nivel de subsistencia y de aspiraciones; por la otra, las nuevas bases del desarrollo y de la dependencia provocan una división entre los sectores asalariados. Como señalamos, los grupos asalariados vinculados al sector capitalista avanzado se benefician del desarrollo y, en cierta medida, amortiguan las presiones que vienen de abajo. En la acción reivindicativa se desvinculan de las presiones populares masivas, tanto urbanas como rurales.

Por cierto, los éxitos de la presión política de los asalariados, aun en el caso de aquellos pertenecientes al sector capitalista avanzado, son modestos en el contexto de la dominación autoritaria-corporativa. Dependerán más bien del perfeccionamiento de sus organizaciones sindicales y de la diferenciación de las clases medias en el sentido de la constitución de sectores más directamente vinculados al modo de producción capitalista-industrial. Esa última modificación incluye, naturalmente, la modernización de la organización que suele ser la punta de lanza de la clase media en el juego político: la Universidad con sus institutos técnicos, donde los cuadros buscan el saber especializado que les da significado e importancia en la nueva sociedad. Tales transformaciones podrán permitir que los sectores asalariados vuelvan a influir en las decisiones políticas y que traten de recuperar influencia sobre la orientación del proceso económico.

Sería aventurado sostener, sin embargo, que la transformación del sentido de la participación política de los asalariados, tanto de la clase obrera como de los estratos intermedios, hacia la mayor integración en el nuevo sistema de dominación, sea una tendencia definida y definitiva. La experiencia política latinoamericana señala más bien que la solidaridad "horizontal" entre las clases llega a prevalecer en coyunturas políticas de protesta, como lo ejemplifican los obreros del cobre o del estaño, además de los trabajadores de empresas estatales, que suelen ser los más bien pagados y, a la vez, más activos políticamente.

Por detrás de las pugnas y tanteos políticos que las condiciones actuales del enfrentamiento entre las clases y grupos alientan, siguen presentes las contradicciones generales provocadas por el funcionamiento del sistema productivo con base en las grandes unidades monopolistas, y las contradicciones específicas, que derivan de las condiciones particulares de un desarrollo capitalista que depende tanto de capitales como de técnicas y formas organizativas generales en los polos dominantes del ca-

pitalismo internacional. En consecuencia, los temas dominantes del momento histórico, en lo que al desarrollo se refiere, pasan a ser: formación de un mercado supranacional que resuelva los problema de economía de escala y de mercado de las sociedades en las cuales la participación en el consumo es restringida; reorganización autoritario-corporativa del régimen político en busca de la estabilidad política en sociedades "de masa", pero donde el sistema político no capta la participación popular; acumulación y mayor concentración de capitales en una estructura de ingresos concentrada.

Las dificultades planteadas para que esa forma de desarrollo logre la movilización y el consentimiento de las masas torna lenta la reconstrucción del orden social. Yendo contra el tiempo, el nuevo sistema de poder intenta consolidarse antes que las brechas favorables a la oposición se acentúen. Todo ello lleva a que el tránsito hacia el establecimiento de un modo capitalista-industrial de producción relativamente desarrollado en países dependientes se asiente en regímenes políticos autoritarios (militares o civiles) cuyo ciclo de duración dependerá tanto de los éxitos económicos y del avance en la reconstrucción social que puedan lograr, como del carácter, del tipo de acción o del éxito de los movimientos de oposición basados en los grupos y clases que hemos señalado anteriormente.

